

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

María Zambrano

Breve Antología

Selección e Introducción de
Juan Fernando Ortega Muñoz



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

MARÍA ZAMBRANO



Breve Antología

Selección e Introducción
Juan Fernando Ortega Muñoz

PRIMERA EDICIÓN: 100.000 ejemplares

EDICIÓN NO VENAL

EDITA: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura

© DE LA EDICIÓN: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura

© DE LOS TEXTOS: Fundación María Zambrano

© SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN: Juan Fernando Ortega Muñoz

Depósito Legal: GR: 135/2004

REALIZACIÓN: Proyecto Sur de Ediciones, S.L.

C/ San Juan. 2. 18100 Armilla (Granada)

Tlf./Fax: 958 55 03 81

e-mail: editorial@proyectosur.com

[http: www.proyectosur.com](http://www.proyectosur.com)

Impreso en España - Printed in Spain

MARÍA ZAMBRANO. FILÓSOFO DE LA AURORA

«Qué inmensa soledad la del que no ha contemplado, ni siquiera por una sola vez, la Aurora ... Qué inmensa soledad sin aurora, qué desorientación»

María Zambrano

En una carta que me escribió María Zambrano desde Ginebra el 23 de abril de 1981 me hablaba de las dificultades que había encontrado en la realización de su tarea filosófica. «Sólo la irresistible vocación me ha sostenido por el estrecho, áspero, inacabable camino del pensamiento. Mas ya tengo un cierto reposo desde que supe que, más que camino, hay la obediencia al Centro -sensible e invisible-, al Centro oscuro de donde procede toda claridad. Claridad que en los seres como yo sólo es penumbra».

Ese estado de penumbra, que en ella se manifiesta como una esperanza de plenitud, define su filosofía como auroral. Ella escribió un libro bellissimo que tituló *De la Aurora*. Entiendo que por aurora quiere expresar esa donación gratuita de conocimiento que precede a la razón discursiva. Por ello que nos diga que es «presencia que nace de una insoslayable atención, de una sostenida mirada. Un conocimiento, pues, sostenido únicamente por la atención. Y la atención, aun a solas, es fuente de conocimiento, si bien este conocimiento sea considerado incompleto y sobre todo infundamentable». Este conocimiento, nos dice en otro lugar, «podía ser la aurora de la razón misma», una intuición absolutamente necesaria a «un nuevo modo de razón, por ejemplo, la *razón poética*».

Una razón que la ensoberbecida Modernidad, «la utilitaria razón, la razón ya sin dioses», intenta preterir y negar. Con ello «ha sido abolida la penumbra indispensable», esa penumbra que nos permite ver, porque la claridad absoluta es de dioses, la oscuridad de bestias. El hombre sólo ve en la penumbra. «Penumbra puede ser -nos dice- si del humano pensar se trata» y de esta forma el pensar humano será una «aurora perenne». «Así, pues, el conocimiento que aquí se invoca, por el que se suspira, este conocimiento postula, pide, que la razón se haga poética sin dejar de ser razón, que acoja el «sentir originario» sin coacción, libre casi naturalmente, como una fysis devuelta a su original condición. Así la Aurora se nos aparece como la fysis misma de la razón poética» (...).

Para María Zambrano, la filosofía de la Modernidad merece una dura crítica. La considera culpable en lo filosófico del escepticismo, en lo religioso del agnosticismo, y en lo político del despotismo y de la crueldad de los regímenes dictatoriales. Ya en las clases pronunciadas por su maestro García Morente en

Tucumán en 1938, el catedrático andaluz veía la necesidad de superar la filosofía moderna con una nueva síntesis de «razón intuitiva» y «razón discursiva».

La razón discursiva no se basta a sí misma. Aislada de la intuición rueda en el vacío y enloquece, crea monstruos, como dijera Goya, fantasmas que terminan por destruirla. Necesita de la intuición inmediata de los sentidos, que le conecta con la realidad sensible y de la intuición intelectual que le suministra los criterios y principios -el código de racionalidad- que le permite juzgar sobre los valores de realidad, unidad, verdad, bondad y belleza de lo suministrado por la intuición sensible. Sin ésta el ser humano no consigue liberarse de la inmediatez de lo dado, es como un niño sin criterios, perdido en la ambigüedad.

Frecuentemente nos encontramos con lecturas muy superficiales de las «razón poética» de Zambrano. Cuando ella nos habla de reconciliación entre filosofía y poesía no está en realidad hablando de expresar poéticamente (en cuanto a la forma) el pensamiento abstracto del filósofo. Su método es mucho más profundo. Se trata en primer lugar del uso de la razón, porque sin ella no es posible pensamiento filosófico alguno, pero se trata de una nueva manera de razonar que supere la soberbia de la filosofía moderna. Una razón que no puede comenzar poniendo todo en duda, aunque esta duda sea sólo metódica. En este caso sólo nos queda el solipsismo o el idealismo. Ni puede intentar abarcar la realidad con una visión totalizadora, absoluta -diríamos desde la mirada de Dios. Su filosofía es mucho más modesta: se trata de abrir hilos de luz en un mundo denso de oscuridades, que no podemos abarcar. Ni podemos usar una razón dominadora. No nos toca a los filósofos transformar la realidad, sino intentar comprenderla y, a partir de ello, transformarnos a nosotros mismos.

Pero además esta razón ha de ser poética. «Los grandes pensadores, escribió Unamuno, son los poetas». En la expresión zambraniana «razón poética» el término «poético» está usado en el doble sentido que tenía esta palabra entre los griegos y especialmente en Platón. El poeta es un hombre inspirado, como nos dice éste en el *Ion*. En este sentido es un vate, un adivino, un ser que recibe una revelación. Este término en Zambrano tiene el valor de intuición. Noüs la llamó Aristóteles -«noüs kai episteme philosophia»-. Pero en segundo lugar el término griego «poieo» significa crear y especialmente crear con la palabra. El ser humano, al conocer, ha de realizar un trasvase de la realidad, que podríamos calificar como «física», hasta el nuevo ámbito conceptual, que es algo así como verla en un espejo, y de aquí que este conocimiento se llame «especulativo». En virtud de ello la mente humana inventa la realidad-del latín *invertiré*, salir al encuentro-, da forma conceptual a lo que era simple presencia intuitiva.

Ahora bien, toda filosofía que pretende ser renovadora ha de arrancar necesariamente de una nueva concepción de la metafísica. Tal ocurre con la filosofía de María Zambrano. Ella preconiza una nueva metafísica no idealista, superadora de la modernidad, «una metafísica experimental, que sin pretensiones de totalidad haga posible la experiencia humana». La metafísica es concebida tradicionalmente como el estudio del ser, pero el ser es una

abstracción. Ortega había afirmado: «como yo, Descartes, que ha dudado de todo, no me he acordado de poner en duda la verdad de las categorías antiguas y en especial la noción clásica del ser, que es una noción ingenua». Esta concepción idealizada del ser llevó a Parménides a su esperpéntica visión de una realidad monolítica, apelmazada y monocolor. Contra ello reacciona Aristóteles afirmando «to on legetai polajos» que tradicionalmente se traduce como «el ser se predica de muchas maneras». Pero en realidad Aristóteles no habla del «ser», sino del «to on», que deberíamos traducir por «lo siendo», ya que en castellano no existe, como tampoco en latín clásico, el participio del verbo ser y el gerundio conserva dos características del participio presente: su presencia actual y su carácter distendido temporalmente, porque el «to on» es «lo que va siendo».

En su obra *El sueño creador*, María Zambrano se aventura a adentrarse en esa zona de penumbra donde alborea la conciencia con el intento de buscar el origen. Según ella nos hace ver, no se da un salto brusco entre lo prehumano y lo humano, sino que lo humano retiene y sintetiza todo el largo proceso de la vida. En el hombre se advierte el paso milenar por esa zona de penumbra en el que alborea nuestro existir. «En el sueño aparecen los sueños como un despertar, en una forma primaria de visión y de conciencia, en el que el sujeto se siente un tanto tocado y aun llamado por un visitante que llega, o por un país donde se le espera».

Zambrano analiza ese medio en que estamos instalados salvo en los momentos en que el hombre actúa como tal, esto es, en otro medio o ámbito, el de la libertad. En el primero se nos da el «ser», en el segundo fraguamos nuestro «existir».

Pero una cosa queda clara para María Zambrano y es que, pese a lo sugerente de los sueños, a su capacidad creadora, es un mundo de ficción que puede contaminar y deformar nuestra visión de la realidad, desfigurando su verdad, e incluso suplantándola. Ella nos dice: «El conocimiento de los sueños es una ventana -sabido es desde mucho antes de Freud, desde la noche de los tiempos- o, al menos, una grieta abierta a una extraña verdad: *la verdad de la mentira, de la congénita mentira en que la criatura humana parece tenga necesidad de envolverse*, tal como a las criaturas se envuelve; arropándolas, defendiéndolas de esa intemperie a la que se ven lanzadas al nacer. Al entrar en el sueño el hombre deja cuanto es posible de ser persona para volverse criatura».

Zambrano invierte el sentido del mito platónico de la caverna. En éste el encadenado vive en un mundo de ficción del que se libera al abandonar la gruta; por el contrario, el que vive en la realidad, según Zambrano, está a la intemperie, deslumbrado, desprotegido y solo, y por ello que necesita guarecerse adentrándose en la caverna de la forma-sueño, donde se crea un mundo accesible y hogareño. «Entrar en el sueño es entrar bajo el sueño, o más bien por el sueño en un lugar subterráneo, en una gruta (...), caer en el regazo de la vida madre que todo lo permite, dejar de atender el juego impuesto por la realidad». Para ambos el mundo superior es el mundo de la verdad y el mundo de la gruta es un

mundo de ficción. Pero aquí está el cambio radical del mito de la caverna en Platón y en Zambrano: fuera no están las verdades absolutas que soñara Platón, sino que para ella éstas forman parte de ese mundo de ficción que nos acoge en la gruta. Fuera está el mundo de la **realidad**, contingente y mudable, del «to on». Dentro el mundo ordenado, absoluto y perfecto del **ser**.

«Lo que sucede entonces -dice Zambrano- es que el ser se ha instalado en el lugar de la realidad». Pero el ser que aquí está presente es «el ser uno. idéntico a sí mismo, sin poros, sustraído al tiempo». En definitiva, «el mundo del sueño es el mundo de Parménides». El esquema de María Zambrano nos resulta más inteligible desde la distinción que hace su maestro Zubiri entre «ser» y «realidad». «El ser, por tanto, no es sinónimo de realidad, ni es la realidad el carácter primario y radical del ser. El ser es una especie de segunda actualidad». Más aún, según él, «el ser no tiene sustantividad alguna. Lo único que tiene sustantividad es la realidad».

Zambrano parte como Zubiri de la distinción real entre «ser» y «realidad», pero frente a la concepción de aquel, Zambrano nos habla del ser como una hipóstasis absolutizada e ideal de «lo que está siendo» -el to on-, que es la realidad. Según ella «ser» y «realidad» corresponden a dos ámbitos diferentes. El «ser» se me da en la forma-sueño, la «realidad» en la experiencia.

María Zambrano dedica un largo estudio a esta estructura de la forma-sueño, que se interpone como una lupa deformante entre mi yo y la realidad, y por ello puede ser «el germen de una enajenación», «germen de obsesión y de trastueque de la realidad», pero al mismo tiempo es fuente de creación, de inspiración.

Con ello María Zambrano hace una de las críticas más duras y demoledoras de los esquemas fundamentales de la metafísica occidental. Pone en parangón esos dos ámbitos que nos constituyen: el de la forma-sueño y el de la libertad, en el que el individuo se realiza como persona.

El primero se caracteriza por la pasividad, la atemporalidad y la abespacialidad. En los sueños, en efecto, «nunca ejecutamos una verdadera acción», pero aún más, «por absurda que sea la situación soñada, el sujeto nunca pregunta el por qué». Pasivos «asistimos a la revelación desvelación». Por otra parte, «en sueños no existe el tiempo... Al despertar nos devuelven el tiempo». Además en sueños «el espacio se reduce... pierde su tercera dimensión y los objetos en él contenidos quedan despegados de él, flotando reducidos a imágenes, pierden sus consistencia».

Con ello hemos transformado la realidad en una realidad fantasma⁷górica, que se reviste de los caracteres del ser absoluto. «Queda entonces la realidad suspendida, absolutizada, en estado de ser. Se ha totalizado. El sujeto se encuentra en esta situación sin realidad, sin lo real de la realidad, ante algo que sigue ocupando el puesto de la realidad, mas con el carácter inaccesible y absoluto del ser, tal como si el ser hubiera descendido a la realidad fijándola en un instante y condenándola a quedarse «así» en un siempre que en ella resulta

imposible, una especie de inmortal despojo».

Pero el sueño no es sólo esa zona mediática que se interpone entre mi conciencia y la realidad, sino que es además ese fondo oscuro -los inferos del alma lo llamó Zambrano- del que el ser humano parte a la hora de tomar conciencia de sí mismo. En efecto, el hombre al nacer a la luz de la conciencia, al abrirse al horizonte humano de la libertad, camina cargado del bagaje inconsciente de su sueño primitivo. No viene al mundo *tanquam tabula rasa*, como dirían los medievales, sino que más bien es semejante a un palimpsesto bajo cuya escritura, aquella que realiza al vivir, figuran las huellas de una larga letanía de escrituras pasadas, como ecos de un ayer cargado de resonancias. Esta riqueza de signos y grafismos no permanece inactiva, pues ella constituye el núcleo de nuestro ser, el ser inicial desde el que partimos y somos al comenzar nuestro personal camino. «Y al ser esto así, el sueño inicial reaparece en la vigilia, en la siempre parcial vigilia, horadándola, moteándola, abismándola por momentos, como si el ser la tomara para sí». Diríamos que el estado plenamente humano de la vigilia -conciencia y libertad- es un estado de tensión que nos agota y cansa y del que nos vemos precisados a retraernos de tanto en tanto, dejándonos caer pasivamente en el estadio primitivo y fundamental de la «forma sueño».

Pero ¿cuál es la realidad de ese ser nuestro que se esconde en los Meros del alma, que se nos da en sueños y nos hace despertar? Zambrano nos dice: «Todos los inferos conocidos del hombre lo son solamente en tanto que son *prehistoria y profética anticipación*». La realidad de mi ser sustancial es, pues, bifronte: mira de una parte al pasado, que retiene y asume, y de otra al futuro, no un futuro impreciso y difuso de pura posibilidad, sino preciso y concreto: *el destino*.

«El nacimiento abre un horizonte de pasado remoto, un origen que es un pasado más allá de la memoria», esto es, que arrastra y de algún modo aglutina y sintetiza todo el proceso de la vida y aun de la materia inorgánica. «Ser persona -dice Zambrano- se da en la vida, en un cuerpo y en una psique; en un tiempo histórico, en una tradición, en una herencia que arrastra consigo algo de todas las fases de la Historia. Y en este sentido el *subconsciente colectivo*, descubierto por Jung, no puede menos de ser aceptado. La expresión *subconsciente histórico o de la Historia* sería quizá más apropiada».

Pero el ser de la persona no es sólo un puro eco del ayer, una simple conclusión de un ser como haber sido, sino que «existe un acontecer, algo que en ella (la vida) pasa. Y esto que en la vida pasa (...) es un suceso, un argumento»; esto es, «un acontecer que está necesitado de un futuro para desarrollarse, y no sólo como suceso, sino como cumplimiento y manifestación de un sentido. Sentido que procede de ser el hombre persona, es decir, un ser no sólo dotado de finalidad, sino constituido esencialmente por ella». Esa finalidad en lo humano es el destino, porque «existe el destino -afirma categóricamente Zambrano-. la ley que pesa sobre la persona y su libertad y que contiene la específica finalidad».

Sin duda alguna el problema teológico constituye lo más representativo del pensamiento de María Zambrano. Ella misma lo reconoce así cuando escribe:

«No está en este pensamiento hacer de El hombre y lo divino el título general de los libros por mí dados a la imprenta, ni de los que están camino de ella. Mas no creo que haya otro que mejor le conviniera».

Nos movemos en un mundo desacralizado en el que no solemos tener en cuenta la intervención de lo divino en nuestras vidas. Dios es el ausente, al que, sin embargo, sentimos presente al menos como un vacío que nos inquieta en un mundo que lo silencia o se niega a reconocerlo. Pero, según nos dice Zambrano, «la gran tragedia humana es no poder vivir sin dioses», esto es, sin contar con «una realidad distinta y superior a la humana», «una realidad abismal, definitoria de la condición humana». Zubiri llegó a afirmar que «sin una idea de Dios todo sería hablar en el vacío». Zambrano reconoce esa intrínseca vinculación, de aquí que afirme que «una cultura depende de la calidad de sus dioses, de la configuración que lo divino haya tomado frente al hombre», ya que «las manifestaciones de lo divino parecen corresponder a las situaciones más íntimas de la vida humana».

Zambrano piensa que el ser humano como existente sólo surge en su enfrentamiento con lo divino, porque «existir es resistir, ser frente a, enfrentarse. El hombre ha existido cuando, frente a los dioses, ha ofrecido una resistencia», «pues antes de entrar en lucha con otro hombre y más allá de esa lucha, aparece la lucha con ese algo que más tarde, después de largo y fatigoso trabajo, se llamarán los dioses». El más radicalmente negado, pero curiosamente permanece de forma solapada, como un «fantasma» en expresión de Feuerbach, o como «el difunto espíritu de la teología» de que habla Marx, o como el «Dios desconocido» hacia el que corren «los ríos de las lágrimas» de Nietzsche.

Zambrano nos habla de las diferentes caricaturas de lo divino que van apareciendo en la tragicomedia humana, dioses insaciables que devoran las entrañas del ser humano. Ella alude a tres paradigmas idolátricos: la Historia, la Sociedad y el Futuro. El primero es obra de Hegel. En Feuerbach. Marx y Engels el nuevo ídolo será la sociedad: «L'homme avec l'homme, Limité du moi et du toi, c'est Dieu». Un tercer ídolo es el *futuro*, que se perfila con caracteres lúcidos en Nietzsche, pero que está presente desde Descartes en toda la filosofía moderna. La misma idea de *progreso*, propia de los hombres de la Ilustración, es un camino hacia ese futuro divinizado. En nuestros días han aparecido otros ídolos como el dinero, el poder, el placer, etc.

Podemos preguntarnos «¿Cómo han nacido los dioses y por qué? ¿Podría el hombre haberse pasado sin ellos? ¿O es la necesidad humana la que insaciable les hacer surgir, manteniéndose escondida, para aceptarlos después como algo que ha encontrado sobre y aun contra sí mismo?». Lo divino no es para Zambrano una realidad al margen de nuestra experiencia, a la que llegamos de forma indirecta por una argumentación o razonamiento, sino que lo divino se nos da experiencialmente, de una manera oscura y misteriosa sin duda, pero no menos cierta. «El hombre no inventa esta presencia de lo divino, sino que la encuentra en su vida». «La vida humana ha sentido siempre estar en *algo*, bajo

algo más bien».

Zambrano distingue entre «lo sagrado» y «lo divino». *Lo sagrado* es ese «fondo último de la realidad» en que todo se sustenta. *Lo divino* es la forma en que el hombre capta y define esa realidad que está ahí incuestionable y absolutamente presente. Escribe: «Los dioses han sido, pueden haber sido inventados, pero no la matriz de donde han surgido un día, no ese fondo último de la realidad, que ha sido pensado después y traducido en el mundo del pensamiento como *ens realissimus*. La suma realidad de la cual emana el carácter de todo lo que es real». «La realidad es lo sagrado y sólo lo sagrado la tiene y otorga».

«El Dios que el hombre siente sobre su vida de un modo 'espontáneo', el Dios 'natural', es el que devora y destruye, el que reclama ser alimentado». En ese estadio el hombre se siente un ser perseguido, anonadado y poseído.

En un segundo momento de manifestación de lo sagrado en la cultura occidental se da en la religión griega, «dioses mediadores entre la naturaleza y la historia, entre la situación original del hombre aterrorizado y la soledad en que surge la libertad. El hombre no hubiera podido emprender el largo camino de descubrir las cosas, edificar la ciudad y la ley, sin la mediación de estos dioses, puras formas en que la naturaleza se ha hecho transparente, ha accedido por fin a mostrarse en la única forma en que el hombre la necesita en este primer paso: en forma de imágenes».

La tercera manifestación de lo sagrado se da en la filosofía. Por primera vez al hombre no le basta con lo que alcanza su vista. Necesita traspasar el horizonte, ir más allá, que esto es justamente la metafísica. «Y así la hazaña de la filosofía griega fue descubrir y presentar como suyo aquel abismo del ser situado más allá de todo ser sensible», a lo que Anaximandro llamó *apeiron*. «El *apeiron* sería el nombre, no sólo de la realidad que es pura palpación, germinación inagotable, sino de la misma vida humana antes de que el hombre tome un proyecto de ser sobre sí, antes de que se decida a ser alguien o a ser algo».

La cuarta manera de manifestarse lo sagrado en la cultura occidental se fragua en el cristianismo. El Dios de la revelación cristiana se nos manifiesta como totalmente otro con relación a las restantes manifestaciones de lo sagrado. El Dios judeo-cristiano es un dios creador, expansivo de sí. Autosuficiente y absoluto, que como padre que desea que sus hijos sean y lo sean del todo, los empuja a realizarse en la soledad creadora de su propia autodeterminación. El hombre, «rey mendigo», mendigo de trascendencia, busca «entre la niebla» esa presencia que presiente su corazón enamorado.

La última manifestación de lo sagrado en nuestra cultura es la nada como enmascaramiento de lo divino. «Lo divino, aquello que el hombre ha sentido como irreductible a su vida, sufre eclipses... Y en cualquiera de los casos ha llegado el instante terrible en que eso divino irreductible a lo humano ha corrido la suerte de lo humano: pasar, ser vencido y aun morir». Pero Zambrano advierte que lo que se eclipsa no es «ese fondo oscuro, permanente» que ella llama «lo

sagrado», sino su manifestación, la forma determinada de configurarse «lo divino». Pero advierte Zambrano que «la muerte de Dios no es su negación... Sólo se entiende plenamente el 'Dios ha muerto' cuando es el Dios del amor el que muere; pues sólo muere en verdad lo que se ama, sólo ello entra en la muerte, lo demás sólo desaparece».

Zambrano, como Heidegger, «barrunta que nos hallamos en la medianoche, en la hora de máxima ausencia de Dios, tanto que ni siquiera la sentimos como tal... Cuando los mortales se percaten del abismo, la noche iniciará su retirada».

En la segunda parte de su obra *El hombre y lo divino* María Zambrano ensaya un intento de «fundamentar la posibilidad de un retorno del hombre al seno de lo divino». Ella está convencida de que apuntamos una nueva aurora de lo divino, de que podemos gritar con Ortega «¡Dios a la vista!», porque Dios aparece por el horizonte de un mundo nuevo que alborea.

El pensamiento sociopolítico de María Zambrano está esencialmente vinculado con su vida y difícilmente puede comprenderse sin conocer los avatares de ésta. Era la de María Zambrano una generación inquieta y en el mejor sentido revolucionaria frente aquella España abúlica, dormida, cansada. «En cierto modo -escribe María Zambrano- mi adolescencia, aun después de ser discípula del sin par -sin ironía- Ortega y Gasset, era política, fue la política. Quiero decir con ello que fue la forma de integrarme en la sociedad».

María Zambrano tiene desde muy joven definido el ideal político-social que le va a guiar toda su vida: conseguir para la sociedad de su momento histórico «una libertad esencialmente democrática» que se ponga «al servicio de los altos valores morales y culturales, al servicio del espíritu, en vez de intentar señorearlo».

Sin duda alguna el pensamiento sociopolítico de María Zambrano pertenece a ese género utópico de filosofía política en el que se escribió *La República de Platón*, *La Ciudad de Dios* de S. Agustín, *La Ciudad ideal* de Al-Farabí, *La nueva Atlántida* de Bacón o *La Utopía* de Tomás Moro. Es justamente la utopía la madre de todas las revoluciones que han hecho avanzar la Humanidad, cuyo camino no ha sido marcado por los políticos, sino por los profetas entre los que no dudaría en incluir entre otros a Marx y a la misma María Zambrano.

El poder, siempre que se sustantiva, se magnifica, sobre todo en los regímenes de poder absoluto, donde el poder impone su asfixiante presencia todopoderosa, impide la realización del hombre. Es necesario el desenmascaramiento del poder para que vuelva a aparecer la imagen del hombre, que lo ha creado. El hombre no está al servicio del poder, sino que es el poder el que debe estar al servicio del hombre. Pero si todo poder limita y condiciona al ser humano, el poder absoluto es la absoluta negación del hombre.

Zambrano piensa que quien tolera ese poder absoluto, cualquiera que sea la orientación ideológica de tal poder, es un ser alienado, porque «estar enajenado, o alienado, es no reconocerse a sí mismo, no lograr ser fiel a la propia y esencial

condición». La filósofa veleña realiza una profunda reflexión sobre las causas que llevaron a España a la Guerra Civil y a Europa a la Segunda Guerra Mundial. Aquellos dramáticos acontecimientos de los que fue contemporánea y en parte protagonista, merecen, según ella, un análisis en profundidad buscando la razón de la sinrazón de aquella crueldad.

Esta conciencia actual del carácter social de la persona implica la conciencia histórica. «La historia no tendría sentido si no fuera la revelación progresiva del hombre, si el hombre no fuera un ser escondido que ha de irse revelando». La Historia es un espejo en el que el ser humano va progresivamente descubriendo su rostro.

Individuo y sociedad son para Zambrano conceptos complementarios, ya que no sólo no pueden existir el uno sin el otro, sino que además cada uno de ellos hace referencia esencial al otro. «Vivir es convivir» y «convivir quiere decir sentir y saber que nuestra vida, aun en la trayectoria personal, está abierta a todos los demás, no importa sean nuestros próximos o no; quiere decir saber vivir en un medio donde cada acontecer tiene su repercusión (...), que formamos parte de un sistema llamado género humano (...). Es la condición esencial del ser humano».

El hombre se realiza, según Zambrano, en la tensión entre dos polos: la necesidad y la esperanza. La necesidad se ancla fundamentalmente en la realidad histórica, en ese pasado que no muere, y la esperanza nos abre al horizonte de los sueños: las utopías. La necesidad nos vincula con el pasado, la esperanza con el futuro.

Desde sus primeros escritos el pensamiento de la filósofa veleña tiene una orientación eminentemente política. La política es para ella «el no conformismo, protesta ante lo que es y ansia de lo que debe ser». El hombre es un ser que constantemente se dibuja y desdibuja en el espejo ideal de un proyecto político. La política es una tarea bifronte que mira a un tiempo al pasado y al porvenir. Al primero para conocer al hombre y a la sociedad, en que se ha realizado, al segundo para poder proyectar y crear el futuro. Son dos miradas que se exigen mutuamente. «Toda política supone idealmente una conciencia histórica (pero...al mismo tiempo) se dirige a un futuro, lo crea».

«El tener lo que se ha nombrado conciencia histórica es la característica del hombre de nuestros días».

Pero «el tiempo fundamental del hombre, aquel del que parte y lo hace explicable es sólo el futuro», el cual se adelanta como una esperanza, porque «si en el fondo de la vida humana no alentara, inagotable y ávida, inexorablemente como la misma vida, la esperanza, no tendríamos historia ni el hombre se hubiera propuesto ser humano». El futuro no está sujeto al fatalismo de la necesidad, como si se tratara de una deducción lógica. El futuro hay que crearlo, y como toda realidad humana, antes de crear, hay que pensar, proyectar, y esto es tarea política. La política, consiguientemente, ha de tener mucho de poética -poesía= creación-. Por ello que el político tiene que comenzar inventando el

futuro y dibujándolo ante nuestros ojos con suficiente interés, realismo y atractivo, de forma que sea capaz de poner en marcha la sociedad.

Ahora bien, «toda política parte necesariamente, aunque no lo sepa, de una supuesta concepción del hombre, de una idea que éste tiene de sí, de su situación en el mundo». Es justamente la idea que el hombre tiene de sí mismo la base de las diferentes cosmovisiones generacionales. Cada época aporta una nueva cosmovisión que estructura el entorno según unas coordenadas ideológicas, una sensibilidad y unos valores que le son propios.

La época actual está dominada por la idea de persona «como algo original, nuevo, realidad radical irreductible a ninguna otra». Nuestro momento cultural vive en el convencimiento de que la persona constituye el sentido de la sociedad y de la historia. «Aunque lenta y trabajosamente -escribe- se ha ido abriendo paso esta revelación de la persona humana, de que constituye no sólo el valor más alto, sino la finalidad de la historia misma. De que el día venturoso en que todos los hombres hayan llegado a vivir plenamente como personas, en una sociedad que sea su receptáculo, su medio adecuado, el hombre habrá encontrado su casa, su «lugar natural» en el universo».

La sociedad adecuada a la persona es para Zambrano sólo la democracia. «Mas si saltamos de pronto y como sin la preparación debida a usar el término democracia, es porque está ahí, como enseña a la cual se acogen todos los regímenes que pretenden servir al hombre en la hora presente. Porque ella constituye como un tribunal o una instancia ante la cual se justifican, explican, lo que quieren servir al progreso humano, lo entiendan de un modo o de otro, y aún sus enemigos. Aquello ante lo cual sus adversarios han de justificarse con razones y pedirle prestada su figura para usarla como máscara. Porque es la idea vigente y algo habrá en ella que le confiera esta validez».

El problema fundamental del régimen democrático es «cómo hablar del pueblo y cómo hablar al pueblo», cómo lograr que la voluntad popular aflore espontáneamente, sin verse deformada o matizada por las ideologías impuestas desde el poder, que deforman al pueblo transformándolo en masa. «El día en que tal cuestión se revele innecesaria, ese día estará cumplida la democracia».

El que aún no hemos llegado a este ideal «lo revela el hecho mismo de que la demagogia haya sido uno de los mayores males de estos tiempos, y que la ideologías hayan brotado con la frondosidad propia de las plantas parásitas».

Para proyectar sus metas el político no cuenta con un método de deducción racional que le permita intuir con claridad los ideales o los proyectos sociales realizables. Sólo cuenta con su intuición. «La intuición -dice Zambrano- es el arma del político revolucionario». La grandeza y dificultad de la política, como de la filosofía, es que no puede aprenderse en libros de texto, ni es objeto deducible de un cálculo matemático. El político se encuentra a solas con su intuición como Moisés entre Dios y su pueblo.

Zambrano propone dos normas básicas, como dos rieles que nos permiten encausar la política de forma acertada: un «inmenso amor al hombre, a todo

hombre y no a una clase» y amor a «los valores suprahumanos que el hombre encarna en la cultura: la aristocracia espiritual, la libre intelectualidad, que es la esencia del vivir culto».

BREVE BIOGRAFÍA

María Zambrano Alarcón nace en Vélez-Málaga el 22 de abril de 1904. Hija de D. Blas Zambrano y de Doña Araceli Alarcón, maestros nacionales de la Escuela Graduada de calle Mendrugo. En 1909 la familia se traslada a Segovia, donde D. Blas toma posesión de la cátedra de Gramática de la Escuela Normal y Doña Araceli dirige la escuela graduada de niñas Sta. Eulalia.

En 1930 publica su primer libro «*Nuevo Liberalismo*».

En 1931 es nombrada Profesora Auxiliar de Metafísica en la Universidad Central.

El 14 de septiembre de 1936 se casa con Alfonso Rodríguez Aldave y marcha a Chile donde éste había sido nombrado agregado de la Embajada de España. Regresa a mediados de 1937, al ser llamado su marido a filas. Colabora a la defensa de la República como Consejero de Propaganda y como Consejero Nacional de la Infancia Evacuada. Se instala en Valencia. Posteriormente reside en Barcelona, donde muere su padre el 29 de octubre de 1938. El 28 de enero de 1939 abandona España camino del exilio.

Durante un curso es profesora de Filosofía en la Universidad de Morelia.

En 1940 imparte clases en la Universidad y en el Instituto de Altos Estudios e Investigaciones Científicas de La Habana. Desde allí se traslada con frecuencia a Puerto Rico. En 1945 vuelve a París, donde acaba de morir su madre. Se instala de forma estable en Roma en 1953.

En 1964 las hermanas Zambrano se establecen La Piece, lugar recomendado para la quebrantada salud de Araceli. El 20 de febrero de 1972 muere Araceli.

En 1981 se le concede el Premio Príncipe de Asturias.

Regresa a España el 20 de noviembre de 1984. Se instala en Madrid. En 1987 se constituye la Fundación María Zambrano. En 1988 se le concede el «Premio Cervantes» y ese mismo año es propuesta para el Premio Nobel.

El 6 de febrero de 1991 muere en el Hospital Princesa de Madrid.

Edición digital Pdf para la Biblioteca Virtual Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009